

Miedo

Carlos Rodríguez



Capítulo 1

El entierro de Don Eduardo

Don Eduardo era la típica persona supersticiosa. Creía en todo lo que estuviera relacionado con la brujería, el vudú, los agüeros y en los adivinos. No tenía espejos en su casa porque temía que se rompieran y así tendría 7 años de mala suerte. No tenía paraguas porque le asustaba pensar que los abrieran dentro de la casa. No tenía escaleras por temor a pasar por debajo de ellas. Cuando su mujer compró un gato negro él tomó un cuchillo y le cortó el cuello y las patas. Le abrió el pecho y lo acuchilló 9 veces en el corazón. Finalmente le puso gasolina y lo quemó. Sus familiares lo habían puesto muchas veces en el manicomio, pero siempre escapaba.

Para colmo, tenía pesadillas constantemente. La principal era esta: soñaba que era puesto vivo en un ataúd. El intentaba salir, pero no lo lograba. Veía que se caía a un abismo oscuro y las sombras lo cubrían. Don Eduardo había hecho jurar a su familia que nunca lo enterrarían vivo. Esta aceptó, pero nunca le dio importancia. Pasaron los años y el trágico día llegó. Le dio un infarto a Don Eduardo y murió.

Su familia no perdió tiempo y compró un ataúd. Lo colocaron ahí y comenzaron la marcha fúnebre. El auto donde estaba el ataúd iba despacio. Los familiares lloraban, pero nadie se percató que el ataúd se movía; no por el movimiento del auto sobre las piedras, sino porque el hombre metido ahí luchaba por salir. A Don Eduardo le había dado un infarto, pero en el lado derecho del corazón. Muchos doctores dicen que hay que esperar, por lo menos, 24 horas para darle tiempo al muerto de revivir. Pero la familia de Don Eduardo no lo sabía y no esperaron 24 horas para enterrarlo.

Don Eduardo luchaba por salir de su horrible prisión. Golpeaba, pataleaba y gritaba; pero era en vano. Nadie se percataba de eso. La marcha llegó al cementerio. Don Eduardo sintió que el féretro era sacado. Sintió un pequeño alivio; pero ese alivio desapareció cuando vio que paladas de tierra caían sobre el ataúd. Don Eduardo gritaba, pero era inútil. Nadie escuchaba.

El oxígeno se empezó a acabar. El cerebro de Don Eduardo comenzaba a sucumbir y comenzó a alucinar. Sus pesadillas iniciaron cuando vio una sombra con ojos rojos que extendía sus espantosos brazos hacia él. Don Eduardo gritaba y golpeaba desesperadamente el ataúd. Las pesadillas continuaron. Sintió que una extraña fuerza lo inmovilizaba. Trataba de

liberarse pero no podía. Oía, además, una macabra risa.

Don Eduardo gritaba y golpeaba el ataúd con más fuerza que nunca, pero ya no se podía hacer nada. El entierro había finalizado y ya todos se habían ido. La horripilante experiencia de Don Eduardo estaba por finalizar. Esta vez la figura con ojos rojos se abalanzó sobre él. No se pudo defender porque la extraña fuerza lo tenía atrapado. Don Eduardo sintió que era llevado a un abismo.

Para espanto de él, vio al gato negro. Su cabeza, que estaba despegada del cuerpo, atacó la cara de Don Eduardo. Cuando terminó el ataque vio que le cuerpo del gato se aproximaba hacia él. Y en lugar de la cabeza había un cuchillo. Don Eduardo sintió el dolor más horrible de su vida cuando el gato le cortó la cabeza, los brazos y las piernas. Le abrió el pecho y le clavó el cuchillo en el corazón 9 veces. Después de la última cuchillada Don Eduardo dio un golpe súbito al ataúd y dio un espantoso alarido. Luego de eso... expiró.

Esa noche se formó una tormenta eléctrica en la ciudad. La lluvia caía fuertemente y, combinado con los truenos y relámpagos, le daba un aspecto más siniestro y lúgubre al cementerio. Cerca de la medianoche el vigilante del cementerio en turno oyó un penetrante alarido. No le dio importancia. Lo oyó de nuevo e intentó descubrir de donde venía. Llegó cerca de la tumba de Don Eduardo.

El corazón se le paró al confirmar que el alarido, con más fuerza que las veces anteriores, provenía de esa tumba. Sin pensarlo corrió hacia donde estaban los demás vigilantes. Les contó lo que escuchó y todos cogieron sus herramientas para dirigirse a la tumba. Llegaron.

Había una especie de lobo blanco sobre la tumba que, dando un prolongado aullido, desapareció luego de un trueno. Con una pala desenterraron el ataúd y con una palanca lo abrieron. Encontraron el cuerpo de Don Eduardo boca abajo. Fue entonces que comprendieron el terrible error que habían cometido. Habían enterrado a Don Eduardo... ¡vivo!

FIN

Capítulo 2

Voz asesina

Nada de lo que hacía parecía estar mal; de hecho, pesaba que hacía lo correcto. Nunca pensé que eso me traería este sufrimiento.

Todo empezó aquel día. Nada me pudo salir bien esa vez. Llegué a casa y mi mujer me recibió a gritos. Comenzó la discusión. No aguanté más y le disparé con mi arma. La sangre me salpicó a mí, a los muebles y a la alfombra. En ese momento la adrenalina fluía por mis venas. Luego reaccioné y comprendí el error. Como pude limpié la escena del crimen. Me sentí calmado. En la noche, una voz me hablaba mientras dormía y me decía: ¿se siente bien matar no? ¿Por qué no lo intentamos de nuevo? No pude dormir. La voz me hablaba constantemente.

Al día siguiente llegó la sirvienta. Me preguntó que iba a comer. Le dije que nada. Ella entonces comenzó a sermonearme sobre la importancia del desayuno, y no aguanté. La voz surgió de nuevo: Esta es la que sigue, máta. Vamos, hazlo, imáta. La maté.

Me abalancé sobre ella y la golpeé hasta dejarla muerta. No sentí nada. La voz dijo: ¿ves lo bien que se siente? ¿Por qué no lo hacemos de nuevo? Y así comencé.

Primero maté al jardinero, luego al cobrador, después a un amigo... ini mi hijo se salvó! Pero esa noche... iesa trágica noche!

Luego de una semana por fin logré dormir. De pronto abro los ojos y veo a mi esposa vestida de blanco. Me pregunta: ¿por qué? ¿Por qué lo hiciste? Me froto los ojos, trato de despertar, ¿será una pesadilla? No lo es. Se me acerca. Grito de horror. Después apareció la sirvienta, el jardinero, mi amigo y mi hijo. Todos dicen: ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste?

Me revuelco en la cama, pero aún los escucho atormentándome con esa pregunta. Me volví loco. Grité y salí corriendo. Mientras corría gritaba: ¡Mátenme! ¡Mátenme! ¡No quiero seguir estando atormentado por esos espíritus!

Un vecino me oyó y avisó a la policía. Me pusieron en el sector de "enfermos mentales". Estoy amarrado para que, según ellos, no me lastime. Pero es imposible. Las voces me persiguen. Me revuelco, trato de morir pero... ime es imposible hacerlo! Las voces me seguirán atormentando por el resto... de mi vida.

FIN

Capítulo 3

El Cuerno del Rinoceronte

Muchos de ustedes, queridos lectores, ya han escuchado la historia de pinocho (el mágico muñeco que cobró vida y se convirtió en un niño de verdad); pero pocos son los que conocemos la otra versión. Una versión maléfica y escalofriante creada por una mente atormentada por el canibalismo. Según esta versión pinocho se convirtió en un niño real no por el hechizo del hada madrina, sino porque esta le ordenó a pinocho abrirle al abdomen a su creador y comerle sus órganos vivos y crudos. Pero, al fin y al cabo, ¿qué tienen que ver esa historia con esta? Mucho. En esta historia habrá títeres que cobran vida por órganos; no de humanos, sino de animales.

Centrémonos primero en la titiritera. Era una mujer que se había dedicado a la ventriloquia por toda su vida. Nunca había tenido hijos por ser estéril. Vivía en la típica casa de madera y chimenea. Veamos ahora sus títeres. Eran como cualquier muñeco, con la diferencia que hablaban, comían y se comportaban como cualquier niño normal. ¿Cómo lo hacían? Muchas personas la veían entrar a diario a su casa con animales. Esas noches, se oían gritos y alaridos horribles que provenían de esa casa.

Los que se animaban y salían a observar, aseguraban que una especie de niebla negra cubría la casa. Decían que se veían salir espectros terroríficos con formas indescriptibles y espantosas. Muchos creían que la titiritera tenía contacto con el mundo de la oscuridad. Una mujer que trabajó para ella afirmó que le estaba prohibido entrar al sótano, y que la vez que la curiosidad pudo más que la orden entró.

Sintió una brisa oscura que le causó una horrible sensación. Llevaba una linterna y la encendió. Cientos de espíritus comenzaron a subir. Gritaban cosas que ella no entendía. Dirigió la luz de la linterna al centro. Vio que había una estrella (el lector ya se imaginará de cuantas puntas) rodeada por un círculo. Dentro había una especie de altar con sangre alrededor. Renunció ese mismo día. Ella pensaba que era de los animales y tenía razón.

La titiritera había hecho un pacto con entes de la oscuridad. Ella les sacrificaba animales y ellos hacían que los órganos de estos se unieran y se convertían en títeres con vida.

Al principio los animales eran pequeños como gatos y perros, pero a medida que pasaba el tiempo los animales aumentaban de tamaño, hasta llegar al punto del rinoceronte.

En la noche, alumbrada por la luz de la luna, llegó al zoológico. Abrió la

jaula del rinoceronte, lo llevó a casa y lo sacrificó.

Los espíritus se aburrían de animales y pidieron humanos (en específico bebés). Ella iba todas las noches al hospital y robaba uno. En uno de los rituales le cayó sangre en la boca. Se la tragó. Sintió una sensación nunca antes experimentada. Desde ese día comenzó a comerse a las víctimas de sus ritos vivas. Las abría el pecho, les sacaba el corazón y, aun punzante, se lo tragaba. En ese momento devoraba como una bestia maldita el cuerpo de los recién nacidos.

Los seres malignos a los cuales servía comenzaron a notar que les faltaban sus sacrificios. Advirtieron a la titiritera, pero no les prestó atención. Entonces, como castigo, enviaron al espíritu del rinoceronte a atormentarla. El tormento era este: el rinoceronte la golpeaba y pisoteaba hasta desangrarla. Cuando estaba a punto de morir usaba su cuerno para sanarla y volvía a hacer el proceso.

La mujer no aguantó el tormento y, en un acto de desesperación se metió un cuchillo al vientre. Nada pasó. Se metió otro. Tampoco nada. Después siguió intentando cortándose las venas, cortándose los brazos, sacándose los ojos, hiriéndose en la espalda, golpeándose la cabeza contra la pared hasta que corría la sangre y se la quebraba, abriéndose el abdomen y cortándose los órganos de ese lugar... pero era inútil.

Ella no moriría porque el cuerno del rinoceronte le impedía hacerlo. Finalmente se tendió en el piso y se rindió. Sintió la peor agonía que puede existir. Se dice que todavía la titiritera yace en su casa, agonizando. El espíritu del rinoceronte consiguió su venganza, y la seguirá haciendo por la eternidad.

FIN

Capítulo 4

La chica de la curva

-¡Vaya fiesta! ¿No Larry?

-Oh si amigo, la mejor que ha habido.

-¿Cuándo será la otra?

-Oye, calmado tigre. Tienes que aprender a ser paciente.

-De acuerdo... oye, ¿quién es esa chica?

-¿Cuál?

-Esa, la que pide un aventón con la mano.

Larry miró a su derecha. Una chica de blanco pedía un aventón con la mano. Larry detuvo el auto.

-Oye, este no es un lugar para que una chica como tú esté a esta hora

-dijo Larry sonriendo. Era cerca de la medianoche. La chica no dijo nada.

-¿Quieres que te lleve?

La chica asintió con la cabeza.

-Entonces sube.

La chica subió en la parte trasera del auto. Siguieron con su marcha. Cuando llegaron a una curva Larry bajó la velocidad.

-¿Y por dónde vive señorita?

No hubo respuesta. Larry y su amigo miraron hacia atrás. No había nadie. Larry detuvo de un frenazo el auto.

-Larry...

-¿Si?

-¿No habías recogido a una chica hace rato?

-Si.

-¿Entonces... dónde está?

-No lo sé.

Larry y su amigo se llenaron de miedo. ¿Qué le había pasado a la chica de hace rato? Larry y su amigo temían que les volviera a pasar lo mismo pero tenían que volver a casa. Siguieron la marcha. Después de avanzar 100 metros hallaron a una chica de blanco pidiendo un aventón. Se tragaron la saliva que tenían en la boca y detuvieron el auto.

-¡Qué suerte! -dijo la chica-, ¡creí que no encontraría un aventón a esta hora

-Y hablando de aventones... ¿no te habíamos dado uno hace rato?

-No...

-De acuerdo... sube entonces.

LA chica subió al auto. Avanzaron. Al poco tiempo se acercaron a una curva.

-¿Y por dónde vives? -preguntó Larry.

-No muy lejos de aquí.

Pasaron la curva.

-Oye -dijo la chica-, creo que deberías darle un aventón a esa chica.

-¿A cuál?

-A esa -señaló a una chica de blanco con el pulgar levantado.

-Alto, ¿cómo es que puedes estar aquí y allá a la vez?

-No estoy aquí.

-Claro que si. Si no como explicas...

Larry y su amigo voltearon hacia atrás. No había nadie. Frenaron el auto. Terminó de detenerse cerca de la chica que pedía un aventón.

-Disculpen, ¿me pueden dar un aventón?

Larry y su amigo se miraron; luego miraron a la chica, quien sonreía y movía su mano.

-¿Y bien?

-¿Cómo lo hiciste?

-¿Hacer qué?

-Eso. Hace un momento estabas en el auto, y ahora estás aquí.

-¿En el auto? Si estuviera en el auto no estaría pidiendo un aventón.

-Pero yo... tú... el auto... ¡desapareciste!

-Bueno, si no me quieren dar un aventón solo díganmelo.

-No, no , perdona. Es solo que...

.-¿qué?

-Nada, mejor olvídalo. Sube al auto.

-Gracias.

La chica subió. Arrancaron de nuevo el auto. Luego de unos minutos llegaron a una curva.

-Oye Larry.

-¿Si?

-¿Qué no habíamos pasado ya esa curva?

-Creo que si.

-¿Y entonces cómo es que la volvemos a pasar?

-No lo se.

-Algo raro está pasando Larry.

Voltearon a ver hacia atrás. La chica aún estaba ahí.

-Bueno, al menos ella aún está aquí.

Su amigo asintió con la cabeza. Pasaron la curva.

-¡Cuidado! –gritó la chica.

-¿Con qué?

-¡Con ella!

Pusieron los ojos en la calle. Una chica de blanco cruzaba la calle. Se detuvo en medio de ella. Larry trató de frenar, pero iba con demasiada velocidad. La atropelló. La chica salió volando por encima del auto. Cuando se detuvo, Larry y su amigo bajaron del auto con unas linternas para hallar a la chica. Buscaron y buscaron, pero no la encontraron.

-No me gusta esto Larry.

Regresaron al auto.

-¿Su casa está cerca de señorita?

No hubo respuesta. Miraron hacia atrás. Se espantaron al ver que no había nadie. Se les erizó la piel.

-Ya no puedo con esto Larry.

-Yo tampoco.

-¿Qué vamos a hacer.

-Conducir.

-¿Qué?

-No podemos hacer nada más. Sube al auto.

Subieron con miedo, atemorizados de volver a ver a la chica y repetir la experiencia. Y sus temores se hicieron realidad cuando vieron a una chica pidiendo aventón vestida de blanco.

-¿Vas a detenerte?

-¿Qué? ¿Crees que estoy loco?

Pararon de largo y llegaron a una curva. Era la misma curva que habían pasado ya tres veces antes. Siguieron su marcha. Cinco veces volvieron a pasar la curva y cinco veces volvieron a ver a la chica.

-Es todo, ya me harté.

Larry detuvo el auto. Sacó una lata y se dispuso a salir.

-¿Qué vas a hacer

-A terminar con esto.

Larry salió del auto y puso la lata cerca de la curva. Regresó al auto.

-¿Por qué pusiste la lata?

-Para ver si todo esto es real.

Avanzaron y pasaron la curva. Pusieron sus ojos en la derecha. El corazón casi se les salía mirando, temiendo encontrar nuevamente a la chica. Pero no vieron a nadie. Se aproximaron a una curva. Esta vez, en vez de ir a la derecha iba a la izquierda. Sonrieron.

-¿Lo ves, qué te dije?

-Si, que suerte que soplo era nuestra imaginación. Oye, ¿ves a esa chica?

Larry miró a su derecha. Una chica de blanco pedía transporte. Se detuvieron.

-¿Necesita que la lleven?

-Claro.

La chica subió al auto. Siguieron la marcha. Se acercaron a una curva hacia la izquierda.

-¿Su casa está cerca?

-Si, pasando la curva.

-Bien.

Todo iba bien. Ya daban por sentado que todo lo que les había pasado era producto de su imaginación. Pero, ¿qué creen? El amigo de Larry notó algo extraño entrando en la curva.

-Larry...

-¿Si?

-¿Qué esa no es la lata que pusiste hace rato?

Larry miró a la derecha. Efectivamente esa era la misma lata que él había puesto hace rato. Volvió a mirar a la carretera. La curva ahora estaba a la derecha.

-¡Frena, frena!

-¡No puedo, los frenos no responden!

-¡Entonces gira, gira!

-¡No puedo, el volante se atoró!

El auto se precipitó al vacío. Los chicos miraron hacia atrás. No había nadie. No pudieron hacer otra cosa más que solo gritar mientras caían al vacío. Hasta el día de hoy, nadie ha podido encontrar los cuerpos de Larry y de su amigo. La única pista que hallaron fue una lata cerca de una curva, donde una chica, años atrás, murió atropellada.

FIN

Capítulo 5

El Triste Verano de los Carson

-¿Aun nos sigue?

-No lo sé,

Dan volteó a ver. Una figura negra con ojos blancos y un hacha corría hacia ellos.

-¡Vienes detrás, corramos!

Andy y Dan corría con todas sus fuerzas. En la oscuridad de la casa casi no se veía nada. Andy tropezó con algo y cayó.

-Vamos Andy, ¡levántate!

-No puedo, ya no puedo más.

-No digas eso, ¡levántate!

-No, déjame aquí, sálvate tú.

-Pero...

Se oyeron unos pasos muy cerca.

-¡Oh no, ahí viene! Dan, sálvate, ¡sálvate!

Los ojos blancos de la figura aparecieron. Dan dejó a Andy y siguió corriendo. Luego de cinco segundos se oyó un grito agudo y el sonido que hace un hacha despedazando un cuerpo. Dan continuó corriendo, pero llegó a un punto sin salida. Tocó la pared. No había por donde escapar. Había una ventana enrejada. Era una noche de luna llena y la luz de la luna entraba por los orificios de la ventana. Dan puso su espalda contra la pared. Respiraba agitado. Los pelos se le erizaron y su sangre se enfrió cuando vio a la figura levantar su hacha, a diez metros de donde estaba. Se podía ver en el acero manchas de sangre.

-¡Ahhhhhh! –gritó Dan agudamente.

* * *

Todo indicaba que sería un gran verano. Roger Carson había alquilado una casa para pasar unas buenas vacaciones junto a su esposa Miriam y sus hijos: Megan, Andy y Dan. Un hombre le había conseguido esa casa a Roger a quinientos dólares. Era una oportunidad única, que tal vez no aparecería de nuevo. La casa estaba a dos horas de la ciudad. Para llegar a ella había que atravesar un pequeño bosque. Enfrente había un hermoso lago. La casa tenía, entonces, al sur el lago y al norte el bosque. Era un lugar casi inhóspito. Las únicas casas cerca estaban al principio del bosque.

En el lugar había calma, tranquilidad y silencio, todo lo que esperaba Roger para pasar las vacaciones con su familia. El único defecto que tenía la casa era su falta de electricidad (tal vez por eso era tan barata). Había que encender velas para poder ver por la noche. Cuando había luna llena, las sombras de los árboles parecían ser seres de espantoso aspecto. Sus ramas parecían ser seres con manos deformes que entraban por la ventana.

Los cinco primeros días transcurrieron con normalidad. La familia se divirtió pescando, viajando en balsa a través del lago y dándole vueltas al bosque. Una de esas noches Megan, la pequeña hija de 6 años de Roger y Miriam, le afirmó a su mamá haber visto unos ojos blancos con la hoja de un hacha arriba de ellos, observándola desde la ventana de su cuarto. Su madre Miriam no le dio importancia y le dijo que solo fue una pesadilla.

Cerca de las 10:00 PM del viernes 13, en su último día de vacaciones, la familia aun estaba despierta. Roger y Miriam conversaban en la mesa. Andy y Dan jugaban damas. Megan coloreaba un dibujo cerca de la ventana. El Padre, Roger, había abierto esa ventana. Hacía cierto viento esa noche. De pronto Megan gritó y corrió hacia su madre.

-¡Mamá, mamá!

-¿Qué pasa tesoro?

-¡Los he visto de nuevo!

-¿Qué viste?

-¡Los ojos mamá, los ojos blancos en la ventana, mira!

Miriam volteó en dirección a la ventana. No había nada.

-¡Ahí no hay nada Megan!

-¡Pero yo...!

-Debe ser tu imaginación.

-¡Pero mamá, te juro que los vi!

-Tranquila –dijo el padre-, mañana mismo nos vamos.

-¿Lo prometes?

-Lo prometo.

-Cariño, cierra la ventana. Hay mucho viento.

Roger estaba a punto de cerrar la ventana cuando un fuerte viento entró y apagó las velas.

-¡Mamá! –gritó Megan.

-No te preocupes. Aquí estoy.

-Bueno, no hay fósforos así que... vamos a dormir. Mañana empacamos todo y nos iremos... ¿qué fue eso?

Se oyó el ruido de una cerradura que se intenta abrir. La puerta se abrió y, para el asombro de todos, apareció una figura negra, con ojos blancos y un hacha.

-¡Lo ves mamá, te lo dije! ¡Sabía que había visto algo!

-¡Corran! –gritó Roger.

Todos comenzaron a escapar, pero la figura atrapó a Roger.

-¡Ayyyyyyy! –gritaba Roger mientras la figura con su hacha cortaba cada parte de su cuerpo.

-¡Mi amor! –gritó Miriam. Los ojos de la figura se posaron en ella. Lanzó un grito. Megan, Andy y Dan estaban escondidos en un armario. Se oyeron unos pasos. Dan dijo que guardaran silencio. Pero Megan no paraba de llorar. El armario se abrió y apareció la figura con el hacha levantada. Megan lanzó un grito. El hacha cayó sobre su cráneo, partiéndolo en dos. Andy y Dan lograron escapar y corrieron hacia abajo. Se detuvieron luego de dos minutos a descansar...

* * *

La figura se abalanzó sobre Dan. este se agachó y el hacha de la figura quedó trabada en la pared. Dan aprovechó eso para escapar. Salió de la casa. Cuando corrió cerca de cinco metros sintió un fuerte temblor. Volteó

a ver y vio como un enorme pino caía sobre la casa. Dan corrió como loco y llegó a las primeras casas a principios del bosque. Contó lo sucedido y le dieron un lugar para dormir.

En la mañana fueron al lugar donde estaba la casa. Para asombro de todos, la casa estaba en pie. Revisaron cada rincón del lugar, pero no hallaron ni un solo cuerpo.

-¿Eso pasó en verdad papá?

-Claro que sí. Si es mentira, dejo de llamarme Dan Carson.

-¡Tengo miedo!

-No te preocupes. La casa fue derribada poco después. No creo que la figura me siga.

-¿Lo prometes?

-Lo prometo. Buenas noches.

-Buenas noches.

Dan apagó la luz y su hijo cerró los ojos para dormir. Los abrió repentinamente. Había escuchado un ruido. Dirigió sus ojos a la ventana. Había un par de ojos blancos con una enorme hoja de hacha arriba de ellos, observándolo.

FIN